

El Día
25-Marzo
1982

Emmanuel CARBALLO

Las letras mexicanas, 194

La prensa durante la República Restaurada, XI

La política de libertad de imprenta, sostiene Frank A. Knapp Jr., no sólo contribuyó a la caída de Lerdo de Tejada sino que, de manera indirecta, le aseguró un lugar torcido e insignificante en la historia patria, al dar origen a auto-

Muchos años después de su desaparición de la escena política, un incidente aleccionador se produjo en la ciudad de México, que, de manera irónica, lo vengó de los abusos cometidos contra él por los periodistas. Varios editores de periódicos que habían obtenido una entrevista con el ministro de Gobernación solicitaron un poco de libertad de imprenta, ya que la prensa se hallaba entonces metida en la camisa de fuerza cortada por el régimen de Díaz. El ministro era Romero Rubio, a quien ya no se conocía como el jefe parlamentario de Lerdo sino como el suegro de Porfirio Díaz. Romero Rubio contestó evasivamente a los editores reunidos humildemente ante él, quienes tenían inclusive nuevas represalias del gobierno: "Aquí no se ha comprendido —le dijo— cómo practicar aquella sabia máxima de don Sebastián de que 'la prensa se corrige con la prensa', y cuya validez debemos hacer a un lado".

La administración de Lerdo distó mucho de estar libre de mancha, de ser democrática o de convenirle el adjetivo de esplendorosa. Sin embargo, fue un esfuerzo honrado para llevar a la práctica las teorías forjadas a lo largo de los años que van del establecimiento de la República a la caída del Imperio de



Maximiliano. Económicamente cauta, políticamente prometedora, patriótica, tolerante y liberal, ofrecía la esperanza de un progreso político-social evolutivo. Cumplió estrictamente con las formas y rutinas del republicanismismo, dio absoluta libertad para ejercer las actividades partidarias y quizá proporcionó a los mexicanos una dosis demasiado grande de liberalismo. Como era un régimen demasiado saludable para ser apreciado por todos, afirma Knapp, sucumbió ante la barbarie del golpe de estado. A pesar de la vanidad de Lerdo, de su orgullo y de su confianza en sí mismo, cualidades que lo salvaron de la piedad de sus contemporáneos, se puede admirar en él al hombre culto y civilizado que expuso sus fines con lucidez e intentó con sinceridad llevarlos a cabo. Era un hombre de principios que poseía algunos de los atributos del estadista. Nadie podía negar, entre sus amigos y enemigos, que era un patriota.

Otra de las causas de la caída de Lerdo fue su obstinación de conservar el gabinete de Juárez, lo que condujo a la formación del partido de Iglesias, unificado gracias al conflicto suscitado por la pugna entre los poderes ejecutivo y judicial en tanto que su política eclesiástica (legalmente irreprochable) le había arrebatado al clero y a los católicos devotos, fuerza política que más tarde le pareció a Díaz digna de ser aprovechada. Además, el retraso en el desarrollo ferroviario dio a la oposición la jugosa propaganda con la que pudo inventar la tesis de que era necesario un cambio esencial. Por último, la prensa de oposición, unida a todos los demás factores, fue la máquina que minó el prestigio del gobierno, abogó por la violencia y propaló la idea de que el golpe de estado era inevitable.

Lerdo precipitó en gran parte su caída. Su

carrera política demostró que entre sus características figuraban una fuerte voluntad de decisión y firmeza de convicciones. Sin embargo, y desde meses antes de su reelección, su voluntad se había trocado en inflexibilidad y sus esfuerzos para demostrar que era dueño de sí mismo le impidieron oír los consejos de sus colaboradores, quienes le indicaron la necesidad de un cambio. Pudo conciliar a los disidentes que se reunían en torno de Iglesias y no lo hizo; pudo, asimismo, adaptar a las condiciones prácticas del país su política respecto de la prensa y la Iglesia, y no tuvo las ganas de intentarlo. Se negó a sacrificar sus principios, y al no hacerlo inmoló su carrera política.

El *Diario del Hogar*, del 28 de abril de 1889, dijo, a raíz de la muerte de Lerdo: "desde su destierro, don Sebastián venció sin disparar un solo tiro. La administración actual (de don general Díaz) es una administración lerdistas. No hay más que un cambio y una adición: el cambio es el personal del Ejecutivo: la adición, el país puesto en manos de las empresas norteamericanas". El *Tiempo*, del 26 de abril de ese mismo año de 1889, consignó el paso una de las mayores virtudes de Lerdo como gobernante: "el difunto ex presidente —se lee en un artículo necrológico— nunca persiguió a los periodistas en la forma que hemos presenciado aquí después".

Para continuar siendo presidente, en 1876 Lerdo tenía que ser, y no quiso, león para combatir, tigre para devorar, perro para ladrar o acariciar, asno para rebuznar, mono para trepar, gato para arañar, rata para roer, ratón para ocultarse, zorra para desplegar astucia, liebre para correr, pez para nadar, gallo para cantar, culebra para arrastrarse, cocodrilo para llorar. En cambio, estas cualidades zoológicas sí las poseía, o luchó hasta adquirirlas, Porfirio Díaz.